

sidad absoluta, y es que si la poblacion que pretenden destruir está situada al pié de algunas elevadas rocas (que no faltan en el país, como en Inglaterra, á la inmediacion de las principales ciudades edificadas exprofeso en tales sitios), ó si abunda en campanarios y chapiteles, la isla real padecería en su descenso que sería lo más terrible, y el pueblo no lo ignora, habiendo observado que aun cuando S. M. está más indignado, siempre hace bajar su isla muy serenamente como para escusar la total destruccion de él; más los filósofos opinan que si sucediera tal fracaso, el iman no podría sostenerla despues y daría en el suelo.

CAPITULO III.

El autor deja la isla de Laputa para bajar al país de los Balnibabas. Su arribo á la capital. Descripción de esta ciudad y sus contornos. Es recibido con agasajo por un personaje principal.

Aunque no pueda decir que me fuese mal en aquella isla, lo cierto es que me veía aburrido y en algun modo menospreciado, no tratándose allí de otra cosa que de la música y matemáti-

cas, en que á la verdad me llevaban grandes ventajas y no debo quejarme por esto del poco aprecio que de mí hacian.

Por otra parte, luego que acabé de examinar todas sus curiosidades, principiaron á molestarme aquellos habitantes aéreos, y deseaba dejarlos. No puede negarse que ellos sobresalen en ciencias que estimo sobremanera y de que no me falta alguna tintura; pero viven tan arrobados en sus especulaciones, que jamás me ví en más triste compañía, precisado á tratar únicamente con las mujeres (buena conversacion para un filósofo marino), los artesanos, los Monitores y otras gentes de esta clase, que contribuía no poco á que me mirasen con mayor desprecio, sin poder remediarlo, porque los demás no me hablaban nunca; ¿luego con quién había de tratar?

Residia en la corte un personaje favorito del rey que por sola esta razon era respetado, mediante que no tenía oído para la música ni sabía echar el compás, sobre no haber podido aprender en su vida los rudimientos más fáciles de las matemáticas, segun decian, y en concepto de todos pasaba por un ignorante y demasiado estúpido, aunque no le negaban su integridad y honradez. Este señor era el único que

dándome mil muestras de su bondad me dispensaba el honor de visitarme á menudo, manifestando siempre sus deseos de informarse de los negocios de Europa, como de los usos, costumbres, leyes y ciencias de las naciones diferentes con quienes habia habitado. Me escuchaba con interés y despues hacia bellisimas reflexiones sobre quanto le habia referido. Dos Monitores le acompañaban por ceremonia, pues solo le servian en visitas de esta clase ó cuando se presentaba en la córte, y en nuestras conferencias les daba orden de retirarse.

Por su intercesion con el rey pude lograr la licencia para mi partida, cuyo oficio me declaró que habia practicado contra su gusto y me hizo mil ofrecimientos ventajosos, que no admití sin faltar á las muestras de agradecido.

El 16 de febrero, al despedirme de S. M., me regaló con esplendidez y mi protector me presentó un diamante con una carta de recomendacion para cierto caballero amigo suyo que vivia en Lagado, capital de los Balnibarbas. Hallábase á la ocasion la isla suspendida sobre una montaña, y con la misma facilidad que me habian subido, me volvieron á poner abajo desde la galeria señalada.

El continente que reconoce por señor al rey

de la isla volante, lleva el nombre de los Balnibarbas, cuya capital, como queda dicho, se llama Lagado. Mi gozo fué estremado cuando me vi libre de la region aérea y en tierra firme. Estaba vestido al uso del país, sabia lo bastante de su idioma para el preciso comercio, y así contento con mi suerte, eché á andar con el mayor desembarazo hácia la ciudad. No tardé en encontrar la casa del caballero á quien iba recomendado, le presenté mi carta, me recibió muy bien mandando ponerme cuarto al instante, y me trataron perfectamente todo el tiempo que me detuve en aquel país.

La mañana siguiente el señor Munodi (este era el nombre del caballero Balnibarba) me sacó en su coche á ver la ciudad, que será como la mitad de Lóndres, pero de fábrica muy extraña, y tampoco consistente que la mayor parte se iba arruinando. Sus habitantes, cubiertos de calandrajos, tenían un aspecto tan melancólico como feroz. Salimos por una puerta al campo, y alejándonos cerca de tres millas ví una infinidad de gentes que denotaban ser labradores por los instrumentos de distintos géneros que tenían en sus manos; pero nose descubria por lado ninguno la menor apariencia de plantío ni sementera, reflexion que me obligó á suplicar á mi

protector me explicase lo que hacian tantos hombres ocupados dentro y fuera de la ciudad sin efecto visible, pues á la verdad no habia encontrado jamás tierra peor cultivada, cosas más incómodas y destrozadas, ni pueblo más pobre y miserable.

El señor Munodi habia sido muchos años gobernador de Lagado, y por una cábala de los ministros le habian depuesto con general sentimiento de todo el pueblo, no obstante que el rey le estimaba como sugeto de rectas intenciones, bien que sin espíritu de córte.

Habiéndome oido criticar libremente acerca del pais y sus habitantes, no me respondió otra cosa sinó que necesitaba estar más tiempo entre ellos para poder formar juicio cierto, que el mundo se componia de pueblos diferentes, y que en cada uno habia tambien sus diferentes usos, alegando otras muchas razones semejantes. Pero cuando volvimos á casa me preguntó qué me parecia su palacio, qué absurdos notaba en él y que hallaba reprehensible en el traje y modales de su familia. Bien podia preguntarlo sin recelo, pues en su casa todo era decente, regular y magnífico. Respondíle que su grandeza, su prudencia y sus riquezas le habian exentado de todos los defectos que habian reducido á los demás á un es-

tado de locura y mendiguez. Finalmente me dijo que si queria acompañarle á su casa de campo, que distaba veinte millas, tendria allí más tiempo para instruirme de sus cosas: y habiendo insinuado su excelencia que estaba pronto á darle gusto en cuanto me mandase, partimos la mañana siguiente.

Durante nuestra marcha se dedicó á hacerme observar los distintos métodos de los labradores en sembrar sus tierras; más con todo, excepto en uno ú otro paraje no presentaba el pais la menor esperanza de cosecha, ni aún siquiera indicios de labranza, hasta que habiendo caminado tres horas más, la escena mudó enteramente. Entramos en una hermosísima campiña cercada, que comprendia viñedo, mieses y prados, con sus casas para los gañanes muy bien hechas y algo distantes; en fin, todo bueno y agradable. El caballero, advirtiendo mi suspensión prorrumpió entonces en un gran suspiro, y me dijo que allí principiaban sus haciendas; que á pesar de todo sus paisanos se mofaban de él y le menospreciaban por descuidado en sus negocios.

Ultimamente llegamos á la casa, que era de muy esquisita arquitectura, no menos que sus fuentes, jardines, paseos, avenidas y bosques,

dispuestos con tanta discrecion y gusto, que yo no me cansaba de ponderar cada cosa en particular, de que su excelencia no se dió por entendido hasta despues de cenar. Entonces, quedándonos solos, me dijo en un tono bastante triste que aún no sabia si tendria que demoler muy en breve todas sus casas dentro y fuera de la ciudad para levantarlas de moda, sin excepcion de su palacio, que principalmente debia ser de gusto moderno, no obstante que temia incurrir en la nota de avariento, singular, ignorante y caprichoso, y aún acaso malquistarse con las gentes de juicio; que mi admiracion cesaria cuando me contase algunas particularidades que ignoraba.

Que unos cuatro años antes (prosiguió diciéndome), ciertas personas habian ido á Laputa por gusto ó á negocios propios, y habiendo vuelto cinco meses despues con una muy ligera tinctura de matemáticas, pero repletos de espíritus volátiles recogidos en aquella region aérea, habian principiado á desaprobar cuanto pasaba en el país bajo, y habian formado el proyecto de poner las artes y ciencias sobre un nuevo pié. Que á este fin habian obtenido real despacho para la creacion de una academia de ingenieros, es decir, de inventores de sistemas. Que

el pueblo era tan fantástico, que tenia ya en cada ciudad de las principales un establecimiento de estos. Que en estas academias ó colegios los profesores habian encontrado nuevos métodos para la agricultura y arquitectura, y nuevos instrumentos y herramientas para todos oficios y manufacturas, por cuyo medio un solo hombre podria trabajar por diez, y un palacio entero seria construido en una semana, de materias tan sólidas que duraria eternamente sin necesidad de repararle. Todos los frutos de la tierra se darian en cualquier estacion y de mejor calidad que antes, con una infinidad de otros proyectos admirables. La lástima es (repuso su excelencia), que ninguno de ellos ha sido perfeccionado hasta ahora; los campos se han perdido miserablemente en un instante, casi todas las casas se han arruinado, y el pueblo, enteramente desnudo, perezce de frio, sed y hambre. Más con todo eso, lejos de desmayar, se han animado en extremo á la prosecucion de sus sistemas, estimulados ya de la esperanza, ya de la desesperacion, y añadió que por lo tocante á sí, no siendo de un espíritu intrépido, se habia contentado con el antiguo método de vivir en las casas edificadas por sus antepasados, y hacer lo que ellos hacian sin innovar cosa algu-

na. Que un corto número de personas de calidad que habían seguido su ejemplo, eran miradas como gentes de mala intención, enemigas de las artes, ignorantes y malos republicanos, que preferían su comodidad y desidia al bien general del país.

Ultimamente me insinuó su excelencia que no quería hacerme un detall circunstanciado de la academia, por no desgraciar el gusto que ella misma debía darme cuando pasase á verla. Que entretanto solo me suplicaba observase un edificio arruinado que se descabria al lado de la montaña como á media legua de su casa, el cual había sido un molino que la corriente de un caudaloso río hacia andar y abastecía su casa y á una infinidad de vasallos suyos, hasta que habiendo venido siete años antes una cuadrilla de ingenieros á proponerle que le demoliere para construir otro al pié de la montaña, en cuya cumbre, recogida el agua en una alberca (pues era facilísimo conducirla por medio de muchas bombas), el viento y la atmósfera la darian tal fluidez que precipitándose con mayor fuerza haría andar el molino con la mitad del caudal del río, había admitido el proyecto instado de sus amigos, y en atención á estar mal conceptuado en la corte por no haber en-

trado hasta entonces en ninguno de los nuevos sistemas. Pero que despues de dos años de trabajo la obra no surtió el efecto prometido, y los proyectistas desaparecieron.

Pasados algunos dias y deseando ya ver la academia, su excelencia, que sin duda me tuvo por un furioso admirador de novedades, de un espíritu curioso y crédulo, se ofreció gustoso á disputar una persona que me acompañase. No puedo negar que en mi juventud tuve algo de esto, y aún hoy en dia me agrada extremadamente todo lo que es nuevo y audaz.

CAPITULO IV.

El autor pasa á ver la academia y hace su descripcion.

La casa de esta academia no es un solo y simple cuerpo de arquitectura, sinó dos órdenes de edificios sobre los costados de un gran patio.

El conserge nos recibió con mucha urbanidad advirtiéndonos desde luego que en aquellos edificios cada aposento encerraba un ingeniero,

y tal vez varios juntos; que habia cerca de quinientos en la academia; que subiésemos y recorriésemos todas las piezas con libertad.

El primer académico que ví, fué un hombre sumamente flaco; tenia su cara y manos cubiertas de mugre, la barba larga, el cabello tendido, una camisa del mismo color que su cutis y un vestido todo desgarrado. Habia gastado ocho años en un proyecto muy curioso, que era, segun nos dijo, recoger los rayos del sol para guardarlos en botellas tapadas herméticamente, á fin de poder calentar el aire cuando los veranos fuesen poco activos; y añadió que en otros ocho años podria proveer los jardines de los poderosos de rayos del sol á un precio razonable. Pero se quejaba de que sus fondos eran cortos, empeñándose á que le diese alguna cosa para alentarle.

De allí pasé á otro aposento, y al ir á entrar tuve que volver prontamente la cara, no pudiendo sufrir el mal olor que despedia. Mi conductor, que lo advirtió, me empujó hácia dentro suplicándome por lo bajo que me guardase bien de ofender á un hombre que se resentiria de la menor demostracion, de suerte que no me atreví siquiera á taparme las narices. Este era el ingeniero más antiguo de la acade-

mia; la palidez y manchas de su rostro, el atrapado de su barba, la costra de sus manos, y hasta su vestido todo publicaban su asquerosa ocupacion. Apenas me vió salió corriendo á abrazarme con mucha estrechez, cumplimiento que le hubiera perdonado de muy buena gana, especialmente cuando supe que su aplicacion desde que entró en la academia habia sido á reducir el escremento humano á la naturaleza de los alimentos de que provenia, por su descomposicion y depuracion de la tintura que recibe de la hiel, y es la causa de su mal olor. Cuidaban de proveerle sus compañeros, enviándole cada semana un gran vaso poco menos que un barril de Bristol.

Ví otro dedicado á calcinar el hielo para extraer, segun decia, excelente salitre en beneficio de las fábricas de pólvora, y me enseñó un tratado que deseaba dar á luz sobre la posibilidad de machacar el fuego.

Tambien ví un ingeniosísimo arquitecto que habia inventado un método admirable de construir edificios, principiando por el techo y acabando por los cimientos, pensamiento que me probó con la mayor facilidad en el ejemplo de los dos insectos la abeja y la araña.

Habia un ciego de nacimiento que tenia á

su cargo una porcion de aprendices ciegos como él, dedicados á componer colores para la pintura. Toda la ciencia del maestro consistia en el olfato y el tacto, por cuyo medio los enseñaba á distinguirlos. Tuve la desgracia de llegar en tiempo que estaban todos muy atrasados, no menos que el maestro, como se deja discurrir.

Subí á un aposento donde encontré un hombre eminente que habia descubierto el secreto de labrar la tierra con puercos, escusando el considerable gasto de mulas, bueyes, arados y gañanes. Estaba reducido su método á enterrar en el espacio de un acre de seis en seis pulgadas un puñado de bellotas, dátiles, castañas ó cualquier otra fruta del gusto de estos animalitos, y metiendo seiscientos ó más de ellos en dicho terreno, es claro que en poquísimo tiempo la pondrian en estado de poderse sembrar, moviéndola con sus piés y hocico, y volviendo á dejar en ella lo que la habian sacado. Se habia hecho la experiencia, y aunque habian observado que á más de ser costoso é impertinente el sistema no se habia cogido fruto, con todo eso no dudaban que la invencion llegase á ser de grande utilidad y consecuencia.

En el cuarto de enfrente habitaba otro académico de distintas ideas á favor del mismo

objeto! Quería hacer andar un arado sin mulas ni bueyes, impelido tan solamente del viento, con cuyo fin habia construido un instrumento de esta especie armado de su mástil y velas; y sostenia que por el mismo medio haria rodar los coches y carretas, de suerte que con el tiempo se podria correr la posta en silla dando velas en tierra igualmente que sobre el mar, que pues en él se caminaba á todos vientos, no alcanzaba qué dificultad pudiese haber para practicar lo mismo en la tierra.

Llegamos á otro cuarto todo entapizado de telas de araña, á excepcion del preciso paso para el fabricante, que al punto que me vió principió á gritar: «Ténte, hombre, no rompas mis telas.» Empeñé conversacion con él, y principió á quejárseme de la lastimosa ceguedad en que hablamos vivido en orden á los gusanos de la seda, teniendo á nuestra disposicion tantos insectitos domésticos sin hacer el menor aprecio de ellos, cuando por lo menos eran preferibles á aquellos, que no sabian más que hilar; pero que la araña hilaba y urdia á un mismo tiempo. Que el uso de las telas de estas ahorraria tambien en adelante los gastos del tinte, como podria conocer fácilmente en viendo el acopio que habia hecho de moscas de distintos y admira-

bles colores con el fin de cebar á sus arañas, siendo infalible que las telas tomarian sus respectivos colores, y como habia moscas de cuan-



tos se podian imaginar, confiaba poder satisfacer en breve los diferentes caprichos de los

hombres, siempre que encontrase para ellas otro alimento bastantemente glutinoso que prestase al hilado más solidez y fuerza.

Enseguida entré á visitar á un célebre astrónomo que tenia el proyecto de colocar un cuadrante en la torre principal de las casas del ayuntamiento, ajustando de tal manera las alteraciones diurnas y anuales del sol con el viento, que se conformasen con el giro de la veleta.

Algunos minutos despues, sintiéndome desazonado de un leve dolor cólico, me hizo entrar mi conductor en el cuarto de un gran médico que se habia adquirido mucha fama por el secreto de curar esta enfermedad de un modo ciertamente particularísimo. Habia construido un disforme fuelle con el cañon de marfil, que haciendo veces de jeringa de viento debia atraer todo el aire interior para purgar las entrañas que se hallaban atacadas del dolor; pero por desgracia se puso á hacer la operacion en un perro y reventó al instante, cuya casualidad desconcertó del todo á nuestro doctor y á mí no me dejó muy inclinado á la experiencia.

Despues de haber visitado el museo de las artes pasé al otro cuerpo del edificio que ocupaban los inventores de sistemas con relacion á

las ciencias, principiando por el aula de lenguaje, donde encontré á tres académicos que discurrían juntos sobre el modo de amenizar el idioma.

Uno opinaba que para abreviar la expresion se redujesen todas las palabras á simples monosílabos, y se desterrasen absolutamente los verbos y participios. Pero otro que no se quedaba tan corto, pretendia que se aboliesen todos los vocablos de manera que se conversase sin hablar, lo cual seria muy favorable al pecho, pues es claro que con la continuacion el pulmon se gasta y la salud padece; y consistia el expediente en llevar sobre sí todas aquellas cosas que hubiese que nombrar. El sistema hubiera tenido aceptacion á no haberse opuesto las mujeres, porque habia muchos talentos superiores en la academia que se acomodaban á este arbitrio de expresar las cosas por ellas mismas, en que no encontraban otro embarazo que la penalidad de tener que ir cargados de unas grandes alforjas cuando hubiese que tratar de muchos y diversos asuntos, sinó habia un pár de robustos lacayos de buenas fuerzas á quienes echar la carga. Pero defendian que, si el sistema fuese bien recibido, todas las naciones de la tierra podrian entenderse fácilmente, y seria tan útil,

como que no se perderia más el tiempo en aprender las lenguas extranjeras.

De allí pasamos á la escuela de matemáticas, cuyo maestro enseñaba de un modo que apenas podrá hacerse creible á los europeos. Mandaba escribir á sus discípulos la proposicion ó demostracion sobre un pedazo de oblea, y tragándosela despues debian abstenerse de comer y beber en los tres dias siguientes, para que estando bien digerida pudiese subir al cerebro la virtud de cierta tinta cefálica con que habia sido escrita, y llevar á él la materia. Es verdad que el método no habia producido todavia el efecto que se deseaba; pero era (decian ellos), porque se hubiesen equivocado un si es no es en la *q. s.*, esto es, en la medida de la cosa, ó porque los estudiantes malignos é indóciles hacian solo el ademan de tragar la pildora, no observaban la dieta con rigurosidad, ó no se abstenian de otras funciones opuestas enteramente á la retencion de la tinta.

La escuela de política que pasé á ver despues no me prendó demasiado: sus doctores me parecieron poco juiciosos, y la vista de tales gentes es melancólica. Aquellos hombres extravagantes defendian que los grandes debian elegir sus privados entre los que mostrasen más ciencia,

capacidad y virtud, teniendo presente el bien público, la recompensa del mérito, el estudio, la habilidad y los servicios. Aún decían más: que los príncipes no debían prestar su confianza sino á los más instruidos y experimentados, con otras semejantes tonterías y quimeras de que pocos se habrán acordado hasta ahora, lo cual me confirmó aquel admirable pensamiento de Ciceron: «Que no hay absurdo, por grande que sea, sobre el cual no haya adelantado algo algun filósofo.»

Pero no eran así todos los miembros de la academia. Vi un médico de un talento superior que poseía á fondo la ciencia del gobierno, habiendo consagrado sus días á la indagacion de los males de un Estado y á buscar remedios con que curar el mal temperamento de los que administran los negocios públicos. Todos convienen, decia, en que el cuerpo natural y el político tienen una perfecta analogía, luego deben curarse con unos mismos remedios. Sus frecuentes enfermedades son: plenitud de humores en movimiento que les debilitan la cabeza y el corazon, causándoles á veces convulsiones y contracción de nervios, una hambre canina, indigestiones, vapores, delirios y otras especies de enfermedades. Para curarlas proponia nuestro

gran médico que, al tiempo de entrar en la asamblea se tomase á todos el pulso para conocer de qué naturaleza era el mal, y enseguida, pero antes de la primera sesion, teniendo prevenidos algunos boticarios con surtido de medicinas astringentes, paliativas, laxantes, cefalógicas, histéricas, apopléticas, acósticas, etc., se socorriese á cada uno segun su dolencia, y se repitiese la receta cada vez que fuese á tomar asiento.

Esta práctica no podia ser muy costosa, y á mi ver produciria grande utilidad en los países donde las cámaras y parlamentos se mezclan en los negocios de Estado, porque facilitaria la unanimidad, terminaria las disputas, abriria la boca á los mudos, la cerraria á los declamadores, aplacaria el impetu de los senadores jóvenes, inflamaria la frialdad de los ancianos, despertaria á los estúpidos y refrenaria á los traviosos.

Y por quanto se quejan ordinariamente de flaqueza de memoria los que gozan favor, queria el mismo doctor que el que tuviese algun negocio con ellos, despues de haber hecho su relacion en breves términos, pudiese usar la confianza de darles un papirote en las narices ó un tiron de orejas, sin otra intención que la de

que les acordase el asunto, y repetir la insinuación de cuando en cuando, hasta que la súplica fuese absolutamente concedida ó denegada.

Y al fin pretendia tambien el mismo miembro que cada senador, en la asamblea general de la nacion, despues de haber propuesto su opinion y haber dicho cuanto le ocurriese en su apoyo, fuese obligado á concluir al contrario, porque así serian infaliblemente muy favorables al bien público las resultas de tales asambleas.

Vi á los académicos disputar con ardor sobre el medio de levantar las contribuciones sin murmuracion del pueblo. Uno defendia que se debian imponer sobre los vicios y locuras de los hombres, por el concepto y estimacion que cada uno tuviese hecha de su vecino. El otro académico, por el contrario, que se habian de cargar á las buenas cualidades de alma y cuerpo de que cada uno blasonase, más ó menos segun sus grados, de manera que todo contribuyente fuese juez de sí mismo, dando su propia relacion. Que la tasa más alta deberia caer sobre los favoritos de Venus y agraciados del bello sexo, á proporcion del favor que gozasen, arreglándose aún en este artículo á la declaracion del interesado. Que tambien seria preciso

apretar la mano fuertemente al valor y al talento por consiguiente; pero que el honor, la probidad, la sabiduría y la modestia, serian virtudes exentas de toda contribucion mediante que, siendo demasiado raras, no rendirian casi nada, no habria quien quisiese confesar que se hallaban en otro, y apenas se encontraria alguno que tuviese el descaro de apropiárselas á sí.

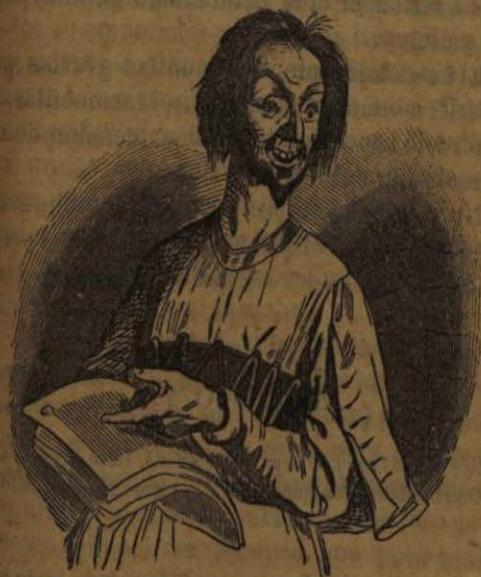
Tambien contribuirian las damas por su hermosura, gracia y atractivo, segun el aprecio que hiciesen de estas cualidades; más la fidelidad, sinceridad, sano juicio y buen natural, nada pagarian, porque respecto á la poca estimacion que les merecen, todo cuanto pudiesen rendir no bastaria para los gastos de recaudacion. Otro académico me enseñó un tratado curioso que habia escrito sobre el medio de descubrir las conjuraciones y cábalas, por el examen de los alimentos en las personas sospechosas, la hora en que comen, del lado que se acuestan, la mano con que se limpian; y reconociendo sus producciones en aquellos casos comunes en que está bien observado que hallándose el espiritu más recogido y sosegado se piensa con más seriedad, juzgar por su análisis de las ideas y objetos que ocupan su mente, como el mismo autor lo habia palpado algunas veces solo

por hacer experiencias, ya premeditando un asesinato y ya intentando una sublevacion para incendiar la capital, habiendo advertido en el primer caso un color sumamente amarillo, y en el segundo muy negro.

Quise añadir alguna cosita al sistema de este político, y atropellando su discurso le dije que convendria mantener continuamente una tropa de espías y delatores protegidos y premiados por las delaciones que hiciesen con una suma de dinero correspondiente á la importancia de ellas, fuesen ó no fundadas, por cuyo medio se lograría el temor y respeto de los vasallos. Y que estos delatores ó acusadores deberian estar autorizados para dar el sentido que les pareciese á los papeles que cayesen en sus manos, es decir, que pudiesen interpretar sus términos al modo de los siguientes:

<i>Una criba.</i>	Una petimetra.
<i>La peste.</i>	Un ejército en marcha.
<i>Una ratonera.</i>	Un recaudador.
<i>Un abismo.</i>	Un tesorero.
<i>Un sombrero y cinturon.</i>	Una dueña.
<i>Un tonel vacío.</i>	Un general.
<i>Una caña rota.</i>	Un tribunal de justicia.
<i>Un perro cojo.</i>	Un desembarco ó una invasion.

Que tambien podrian observar la anagrama de todos los nombres citados en un escrito, bien que para esto se necesitasen hombres de la mayor penetracion y del génio más sublime, especialmente cuando se tratase de adivinar el sentido político y misterioso de las letras ini-



ciales. Así *N* podría significar una maquinacion, *B* un regimiento de caballería, *L* una escuadra. A más de todo lo dicho por la trasposicion de

las letras se lograria descubrir los designios ocultos de un partido mal contento; por ejemplo, se leia en una carta de un amigo: «Nuestro hermano Tomás está con las almorranas;» el diestro descifrador encontraria en la conjuncion de estas palabras indiferentes una frase que diese á entender que estaba todo pronto para una sedicion.

El académico me dió infinitas gracias por haberle comunicado mis observacioncillas, y me ofreció hacer una honorífica mencion de mí en la obra que iba á dar á luz.

No ví cosa en el país que pudiese obligarme á permanecer en él por más tiempo, y así principié á pensar en mi regreso á Inglaterra.

CAPITULO V.

El autor deja á Lagado y llega á Maldonada. Hace un corto viaje á Glubbdubdrib. De qué manera le recibe el gobernador.

El continente de que participa este reino se extiende, por el juicio que formé, al Este hácia una comarca desconocida de América, al Oeste hácia la California, y por el Norte hácia el Mar

Pacífico, que no dista más de mil cincuenta leguas de Lagado. Este país tiene un puerto famoso y mucho comercio con la isla de Luggnagg, situada al Noroeste como á veinte grados de latitud septentrional y ciento cuarenta de longitud, y al Sudoeste del Japon, del cual dista unas cien leguas. Hay una estrecha alianza entre su emperador y el rey de Luggnagg, que da motivo á frecuentes proporciones de pasaje de una isla á otra, razon porque resolví tomar este camino para volver á Europa, alquilando dos mulas con un mozo práctico que me dirigiese, y habiéndome despedido de mi ilustre protector que me habia tratado con tanto agasajo, y por último me hizo un magnífico presente, emprendí mi marcha.

No ocurrió en toda ella suceso digno de contarse. Llegué al puerto de Maldonada, ciudad casi tan grande como Portsmouth, donde no encontré navio pronto á salir para Luggnagg. Entre los conocimientos que á pocos dias me adquiri en la ciudad, habia un caballero de distincion, el cual me propuso que pues tardaria un mes lo menos en partir el primer navio para Luggnagg, haria muy mal en no hacer un viaje á la isla de Glubbdubdrib por divertirme, mediante que no distaba más que cinco leguas

al Sudoeste; que él me acompañaría con otro amigo suyo y aprontaría un barquichuelo.

Glubbudrib, segun su etimología, significa la isla de los Hechiceros ó Mágicos. Es casi tres veces tan ancha como la isla Vigt y muy fértil. Obedece al jefe de una tribu compuesta de hechiceros, que no hacen alianza con otros, y cuyo príncipe es siempre el más anciano de ellos. Este príncipe ó gobernador tiene un palacio magnífico, con un parque de cerca de tres mil acres de extension, murado de piedra labrada á la altura de veinte piés. El y toda su familia se sirven de una especie de criados bastante extraordinarios, por el conocimiento que tiene de la nigromancia que le da la potestad de invocar los espíritus y obligarlos á su servicio durante veinticuatro horas.

Luego que llegamos á la isla, que serían las once del dia, uno de los caballeros que me acompañaban salió á buscar al gobernador para darle parte de que un extranjero solicitaba el honor de saludar á S. A. El cumplimiento fué bien recibido. Pasamos en el instante á palacio, y entrando en un patio por medio de dos filas de guardias cuya planta y armadura me causaron un miedo extremado, tuvimos que atravesar una porcion de aposentos y que rom-

per por una multitud de criados primero que llegamos á la sala del gobernador. Habiendo saludado á S. A. con tres sumisas reverencias, nos mandó sentar en unos taburetillos al pié de su trono, y como entendia la lengua de los balnibarbas, principió á hacerme varias preguntas acerca de mis viajes; pero lo que más me pasmó fué la prontitud con que desapareció su acompañamiento al modo de un humo, á una leve seña que les hizo con el dedo, queriendo darme á conocer en esto la confianza con que me trataba. No me costó poco trabajo el serenarme, hasta que el gobernador me aseguró que no tenia que temer, y viendo á mis dos compañeros sin alteracion, como que estaban acostumbrados á aquel estilo, principié á tomar ánimo y referí á S. A. las diferentes aventuras de mis viajes, con algun sobresalto todavía, porque mi nécia imaginacion no me dejaba, y á cada instante miraba á mis dos costados, sin poder olvidar el sitio donde habia visto desaparecer las fantasmas.

Aquel dia me honró el señor gobernador con su mesa, que hizo servir por una nueva tropa de espectros; duró hasta ponerse el sol, y habiendo suplicado á S. A. tuviese la bondad de permitirme pasar la noche fuera de su palacio,

nos retiramos todos tres y fuimos á buscar posada en la capital que está inmediata. Por la mañana volvimos á complimentar á S. A., y al cabo de diez dias que permanecimos allí llegué á familiarizarme tanto con los espíritus, que perdí totalmente el miedo, ó por lo menos, si conservaba algo cedia á mi curiosidad, como verá el lector en la pronta ocasion que tuve de satisfacerla, y podrá juzgar si tengo más de curioso que de cobarde.

Me propuso un dia el gobernador que le nombrase los muertos que quisiese ver, los obligaría á presentarse y responder á cuantas preguntas quisiese hacerles, con tal que me redujese á lo que hubiese pasado en su tiempo, muy cierto de que no me engañarian, pues que á los muertos era ocioso el mentir. Di gracias á S. A., y por no despreciar sus ofertas, me puse á repasar la memoria de la Historia romana que habia leído en otro tiempo y al punto me ocurrió la idea de ver á aquella famosa Lucrecia que Tarquino habia violado y que no pudiendo sobrevenir á su afrenta se habia dado la muerte á sí misma. No tardó más en presentármese una hermosísima mujer vestida á la romana. Yo me tomé la libertad de preguntarla por qué habia vengado en sí el delito de otro. Pero bajando

sus ojos solo me respondió que los historiadores por excusarla una flaqueza, la habian atribuido una locura, y al instante desapareció.

El gobernador hizo seña á César y Bruto de que se acercasen. La vista de éste me llenó de admiracion y respeto y aquel me confesó que todas sus brillantes acciones se quedaban muy por bajo de las de Bruto; que le habia quitado la vida por libertar á Roma de su tiranía.

Deseando ver á Homero apareció luego, le hablé y preguntándole cómo pensaba de su Iliada, me declaró que estaba absorto de las excesivas alabanzas que le tributaban al fin de tres mil años, que su poema era mediano y estaba sembrado de necedades, que si agradó en su tiempo fué por las gracias de su recitacion y la armonía de sus versos; pero que habiendo muerto su lengua y no pudiendo ya ninguno distinguir sus bellezas, gusto y finura, no daba que pudiese haber gentes tan vanas y estúpidas que todavía le admirasen. Sóphocles y Euripides que le acompañaban me hablaron con corta diferencia del mismo modo, mofándose especialmente de nuestros sábios modernos, que viéndose obligados á confesar los errores de las antiguas tragedias, cuando estuviesen fielmente traducidas, sostienen por lo menos que son pri-

mores del griego, y que sería preciso poseerle para juzgarlas con equidad.

Como siempre he profesado veneración á la nobleza, tuve la curiosidad de conocer á muchos muertos ilustres de nuestros tiempos, principalmente los de primera distincion. ¡Oh! qué ví de cosas admirables en esta variedad de facciones y sentimientos que distingue á algunos como sus blasones y libreas, comprendiendo entonces la razon por qué Polidoro Virgilio habia dicho en orden á ciertas casas:

Nec vir fortis, nec femina casta.

Conocí claramente por qué trasformaron los historiadores á unos guerreros flojos y cobardes en esforzados capitanes; unos insensatos y necios, en grandes políticos; unos aduladores, en hombres de bien; unos infames desbocados, en gentes castas, y unos delatores de profesion, en hombres verídicos y sinceros. Supe de qué modo fueron condenados á muerte ó destierro algunos inocentes, por intriga de los favoritos que corrompieron á los jueces, cómo llegaron unos hombres de bajo nacimiento y sin mérito alguno á los más altos empleos, y cómo pudo ser que unas mujerzuelas y sus confidentes manejasen en bastantes ocasiones los negocios más importantes, haciendo el primer papel en

los mayores sucesos del orbe. ¡Oh, qué baja idea concebí de la humanidad! ¡Qué poca cosa me pareció la sabiduría y probidad de los hombres, á vista del origen de las revoluciones, del vergonzoso motivo de las empresas más brillantes y del móvil, ó por mejor decir, de las casualidades y fruslerías á que se debió su logro!

Descubrí la ignorancia y la temeridad de nuestros historiadores, que quieren atribuir á un veneno la muerte de ciertos reyes, que atrevidamente dan parte al público de las conferencias secretas de un príncipe con su primer ministro, y que, si se les debe creer, ganzuaron, por decirlo así, los gabinetes de los soberanos y las secretarías de los embajadores para sacar anécdotas curiosas.

Allí averigüé las causas ocultas de varios sucesos que han aturdido al mundo; cómo una Vénus gobernó á un Mercurio, un Mercurio al Consejo secreto y el Consejo secreto á todo un Parlamento.

Un general de ejército me confesó que habia ganado una victoria por su cobardía é imprudencia, y un almirante me dijo, que contra su voluntad habia derrotado la escuadra enemiga, cuando más deseaba que pereciese la suya. Finalmente, habiendo querido informarme de otras

rarezas semejantes, hallé por todas partes el perjurio, la violencia, el soborno y la perfidia. Pero lo más digno de atención es, que algunos me declararon que habían debido su fortuna á su facilidad de abandonarse á los arrojados más horribles, unos vendiendo á sus familias y otros cometiendo traiciones contra su patria y su soberano, tal vez por medio de venenos. Después de estos descubrimientos, vivo más conforme con mi suerte humilde, aunque honro y respeto naturalmente las grandezas, como todo inferior debe hacer respecto á aquellos que la Naturaleza ó la fortuna ha colocado en una esfera superior.

Yo me acordaba de haber leído, no obstante, grandes servicios hechos por ciertos vasallos al príncipe y á la patria; quise verlos, pero me dijeron que estaban olvidados sus nombres: que si se conservaba alguno era solamente por hacer mención los historiadores de sus traiciones y picardías. Presentáronse, con todo eso, y viéndolos muy melancólicos y mal equipados, me declararon que habían muerto en pobreza y desgracia, y aún algunos de ellos sobre el cadalso.

Entre estos había un hombre, cuyo caso me pareció extraordinario, que tenía á su lado un jóven de diez y ocho años. Me dijo que había

sido capitán de navío durante muchos años, que en el combate naval de Accio había echado á pique la primera línea y sumergió tres navíos del primer orden, apresando otro del mismo grandor, única causa de la huida de Antonio y de la entera derrota de su armada; que aquel jóven que estaba á su lado era su hijo único, el cual había perecido en el combate, y añadió que concluida la guerra pasó á Roma á solicitar el premio en la comandancia de otro navío mayor, cuyo capitán había muerto también en la batalla; pero que sin hacer caso de su pretension, dieron el empleo á un niño que todavía no había visto el mar, hijo de un criado manumiso de una de las concubinas del emperador. Determinó volverse á su departamento, y halló que le habían capitulado por omiso en sus obligaciones y habían provisto su plaza en un paje favorito del vice-almirante Públicola. Visto esto, tuvo que retirarse á su casa y se estableció en una pequeña hacienda que poseía lejos de Roma, donde acabó sus días. Deseando averiguar lo cierto de su historia, pedí que compareciese Agripa, almirante de la armada victoriosa en aquel combate, y confirmando la verdad del caso, añadió otras circunstancias que la modestia del capitán había omitido. Como cada uno de estos personajes se pre-

sentaba segun habia sido en el mundo, noté con dolor cuánto ha decaído el género humano en el discurso de un siglo y qué alteraciones ha producido el desenfreno con todas sus funestas consecuencias, desfigurando los rostros, disminuyendo los cuerpos, encogiendo los nervios, dilatando los músculos, apagando los colores y corrompiendo la carne en los ingleses.

Quise ver, por último, alguno de mis antiguos paisanos, cuya sencillez, sobriedad, justificación, valor y amor á la patria todo es tan ponderado. Los vi, más no pude distinguirlos de los del dia, que venden á buen precio sus votos para la eleccion de diputados del Parlamento, y que sobre este punto pueden competir en destreza y manejo con el más fino.

Habiendo llegado el dia de nuestra partida, me despedí de S. A. el señor gobernador de Glubbdubdrib y volví con mis dos compañeros á Maldonada, en donde pasados quince dias me embarqué al fin en un navio que salió para Luggnagg. Los dos compañeros y otros amigos con ellos, usaron la galantería de proveerme de lo necesario para este viaje y me acompañaron hasta dejarme á bordo. Sobrevino una fuerte tempestad, que nos obligó á gobernar al Norte, para aprovechar un cierto viento apropósito que

sopla por aquel paraje, en espacio de sesenta leguas. El 21 de abril de 1711 entramos en el rio de Clumegnig, que es una ciudad puerto de mar al Sudeste de Luggnagg; echamos el áncora á una legua de la plaza, y haciendo señal de que acudiese un piloto, en menos de media hora llegaron dos á bordo, que nos guiaron por medio de unas rocas y escollos muy peligrosos que hay en aquella rada y en el paso á una bahía donde se abrigan las embarcaciones, la cual dista de las murallas de la ciudad como el largo de un cable.

Algunos de nuestros marineros, ya por malicia ó por imprudencia, dijeron á los pilotos que yo era extranjero, y un viajero famoso; estos se lo advirtieron al vista de aduana, y empezando á examinarme en lengua balnibarbiense, que allí es bastante conocida, especialmente entre marineros y aduaneros á causa de su comercio, procuré contestarle sucintamente, con la verosimilitud y consecuencia posible, respecto ser necesario ocultar mi patria y hacerme holandés, porque pensaba pasar al Japon, donde sabia muy bien que solo los holandeses eran admitidos. Dijele que habia naufragado en la costa de los balnibarbas y encallado en una roca; que habia estado en la isla volante de

Laputa, de la cual ya tenia bastantes noticias, y que meditaba volver á mi país por el Japon. El vista me respondió que no podia menos de detenerme hasta recibir órdenes de la córte, adonde iba á despachar un pliego inmediatamente, cuya respuesta vendria dentro de quince dias, y entretanto me pusieron en un alojamiento decente con centinela á la puerta. Tenia un gran jardin en que pasearme, me trataban muy bien, todo á espensas del rey, y las gentes, llevadas de la curiosidad de ver á un hombre que venia de un país tan remoto que jamás habian oido hablar de él, me visitaban sin cesar.

Contraté con un jóven de nuestro navío para intérprete, que aunque nativo de Luggnagg, habia residido muchos años en Maldonada, y poseia ambas lenguas, por cuyo medio lograba el de poder conversar con los que me hacian la honra de visitarme, es decir, que comprendia sus preguntas y les hacia comprender mis respuestas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

propósito y